



INFORME: El año Quijote

Quijotadas

Miguel Ángel Curiel

Traduce a uno a quien nadie lee en su país, y al que nadie leer en este.

Para el mar, el pintor elige un color; un solo color que mezcla con su aliento. El poeta para el mar elige una sola palabra, una palabra que borra, que se borra al escribirse; (un silencio: del espíritu de la materia, deja espacio, es el espacio qui-jotesco).

Escribe el mar, la palabra sola en medio de la hoja, en cada hoja una sola palabra, a lápiz, para que las borre en la habitación oscura la oveja de Catalina Sitges con su lengua; hay que elegir esas palabras, quitarlas para siempre de nosotros, quistes que se abren como rosas, rosas tiradas al mar de Formentor.

Viaje a pie por desiertos de amor, los cauces secos son caminos, las casas abandonadas son refugios de alta montaña para las ventiscas interiores, va a pie siguiendo tendidos eléctricos de alta tensión, líneas de tren de alta velocidad.

Hizo su pequeño elefante de barro, lo secó el sol, lo pisó e hizo otro, los pisa todos.

Alejandro Magno a caballo atravesando el campo de batalla de Gaugamela, siempre veo a Alonso Quijano en esos

espacios vacíos agarrotados por el cielo, y luego a Goya pintando pájaro con el menstruo de la Duquesa de Alba: España.

Alejandros, Julios Cesar, Rodrigos Díaz de Vivar, Aníbal, Almanzores y otros caballeros y héroes de otros tiempos y de otra condición, meras caricaturas de sí mismos comparados con Don Quijote.

Profundidad del pozo, altura del sol; el país se deja golpear por el invierno, se deja golpear por el verano, a merced del cielo esa tierra, a merced de esa tierra los hombres, todo a merced de algo. Hay un tren de mercancías parado en una estación perdida con un vagón lleno de cajas de libros, en su mayoría, libros de autores rusos, ediciones de 1921 y 1922, Moscú; de todos esos libros, uno muy curioso *El Quijote en Siberia*, de Vladimir Korpínov. Fusilado en el 25 por orden de Stalin.

Aguas cayendo desde el acantilado directamente al mar, un río sin nombre; se convierte al final del verano en una calle blanca y sucia, una calle de cabras; nada las envenena, ni las hierbas llamadas meloncillos de San Juan; ni las hierbas de ángel o mata perros, ellas mastican las barbas del lecho; aguas cayendo directamente al mar desde el acantilado, es un deshiele de temblores, es agua que va golpeándose, un río sin nombre, corto, de mediodía a tarde; cuando deja de caer por el acantilado, siempre se ve alguien allí, es el bautizador, un bautizador de ríos, una especie de Quijote apenas visible, un zahorí que sabe que, aún así, hay ríos subterráneos que desembocan en el fondo del mar. ■